

La Revolución Mexicana en Veracruz. Antología*

Con ciertos libros también ocurren aventuras. Incluso cuando se trata de historia. Sólo basta con osar acercarse a ellos, considerarlos accesibles y no forzosamente reservados a los avezados. Nadie pone en duda que el trabajo del historiador puede ser metafóricamente descrito como un viaje en el pasado, en su intento por resucitar hechos pretéritos. Este tipo de viaje temporal suscita sorpresas, metamorfosis y alegrías, pero también sinsabores. Para efectuar ese periplo se necesita de una ayuda. Alguien debe realizar la presentación, romper el hielo, sugerir el itinerario, luego esquivarse discretamente. Uno de estos libros a los que me refiero es el recién editado por Bernardo García Díaz y David Skerritt Gardner, que desde el inicio se presenta asimismo: *La Revolución mexicana en Veracruz. Antología*, bajo el auspicio de la Comisión del Estado de Veracruz para la Conmemoración de la Independencia Nacional y la Revolución Mexicana. A través de la mirada de trece autores, en su gran

mayoría historiadores, los encargados de la edición de la obra nos guían en un recorrido por el Veracruz revolucionario de las agitadas primeras cuatro décadas del siglo XX. Con el fin de entender mejor las características y dinámica del proceso revolucionario en la región, el trayecto se realiza en tres escalas o etapas: el Porfiriato, la Revolución y los años de la década de 1920, así como una extensión de esta última etapa hasta fines de la década de 1940. La primera etapa está compuesta por tres ensayos: Karl B. Koth, “La modernización de Veracruz, 1870-1905”; Alfredo Delgado Calderón, “Acayucan precursor”, y Bernardo García Díaz, “La huelga del Río Blanco”. La segunda comprende los cuatro textos siguientes: Heather Fowler-Salamini, “Revolución popular y regionalismo en Veracruz, 1906-1913”; Ricardo Pérez Montfort, “La invasión norteamericana a Veracruz en 1914. Apuntes para una aproximación menos heroica y más cotidiana”; Ricardo Corzo Ramírez, José González Sierra y David A. Skerritt, “Salen los gringos y entran los constitucionales”, y Héctor Zarauz López, “El petróleo como elemento de disputa y rebelión local”. La tercera y última escala, consagrada a la “larga década

* Bernardo García Díaz y David Skerritt (eds.), *La Revolución Mexicana en Veracruz. Antología*, Gobierno del Estado de Veracruz, Secretaría de Educación de Veracruz, Comisión Estatal del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana, México, 2009, 518 pp.

de los años veinte” (que en realidad se prolonga hasta fines de la década de los cuarenta), está integrada por seis ensayos: Soledad García Morales, “Manuel Peláez y Guadalupe Sánchez: dos caciques regionales”; Elizabeth Jean Norvell, “Los ciudadanos sindicalistas: la Federación Local de Trabajadores del puerto de Veracruz, 1919-1923”; Antonio García de León, “Con la vida en un danzón: notas sobre el movimiento inquilinario en Veracruz en 1922”; Eitan Ginzberg, “Formación de la infraestructura política para una reforma radical”; Mario Antonio Santoyo Torres, “La mano negra: poder regional y estado en México (Veracruz, 1928-1943)”, y Alberto Olvera Rivera, “Acción obrera y nacionalización del petróleo: Poza Rica (1938-1939)”.

Para despertar las ganas de frecuentar los textos contenidos en la compilación, en la parte introductoria los editores cumplen con la exigencia de esbozar una minuciosa revisión de los estudios sobre el tema. La exposición de la bibliografía, organizada cronológicamente en su evolución histórica, también sirve para incitar a los estudiosos a que lean a estos autores, dado el interés que cada uno de ellos posee. Por simplicidad, podemos suponer que los primeros destinatarios son los jóvenes que inician sus estudios en historia, puesto que los textos retenidos se presentan en o han sido traducidos al castellano. Como los viajes, este libro es la manera óptima de informarse sobre

uno mismo. Su objetivo declarado es el de familiarizar al lector con esta época “poco entendida y hasta desconocida” (p. 16). De ahí que el reconocimiento de lo propio es un paso indispensable para el conocimiento de los demás.

Por dichas razones, una recopilación de textos como ésta, se imponía. Mas la tarea, como todas las de este tipo, nunca es nimia. En primer lugar, porque se requiere de pesquisa, de lecturas y de escritura de años; ejercicios en los que ciertamente están muy bien entrenados y son modelo los responsables de la edición. Enseguida, por la enorme dificultad de reunir a una serie de autores y autoras bajo las tapas de un libro, efectuando para ello una selección sobre bases objetivas. ¿Qué autores era necesario retener? ¿Por qué unos y no otros? Es consustancial a toda antología (de *anthos*, flor y *legein*, leer: flores escogidas) ser excluyente, restrictiva y parcial (de parte, no de partido). Una de las constantes al respecto es la polémica que genera, sobre todo de parte de aquéllos que han sido ignorados. A propósito de estas discusiones, Marta Palenque¹ afirma que “incluso los textos o manuales que más pregonan su objetividad científica son fruto de revisión y selección que implica subrayar

¹ Marta Palenque, “Cumbres y abismos: Las antologías y el cánón”, *Insula*, núm.721-722, enero-febrero de 2007, en línea: <http://www.revistasculturales.com/articulos/37/insula/682/1/cumbres-y-abismos-las-antologias-y-el-canon.html>, consultada el 3 de junio de 2010.

unos nombres y minimizar u obviar otros”, y concluye: “cada época elige a unos autores, cada crítico prefiere una lectura”.² Ya Cervantes, en su *Viaje del Parnaso*, nos habla de una lista confeccionada por Apolo donde recoge a los autores más destacados de su tiempo. El protagonista (el propio Cervantes) viaja al Parnaso en calidad de perito en materia literaria. Una vez emitido su veredicto, la reacción de los no incluidos se manifiesta de inmediato. Y escribe: “Unos, porque los puse me abominan; otros, porque he dejado de ponellos de darme pesadumbre determinan. Yo no sé cómo me avendré con ellos; los puestos se lamentan, los no puestos gritan, yo tiemblo destos y de aquellos”.³ En cambio, Marcio Porcio Catón consideraba más bien como una ventaja el formar parte de los no puestos en las analectas. Plutarco le atribuye haber dicho que más quería que los romanos dijese “por qué no han puesto estatua a Catón”, que no “por qué se la han puesto”.⁴ En definitiva, como bien lo señalaba Alfonso Reyes, las antologías son hitos de las grandes controversias críticas, ya sea porque las provoquen o aparezcan como su consecuencia.

² *Ibidem*.

³ Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. IV, cit. en M. Palenque, *op. cit.*

⁴ “The Life of Cato the Elder”, XIX, 3, en Plutarco, *The Parallel Lives*, vol. II, Harvard University Press, Cambridge, 1914: “I would much rather have men ask I have no statue, than why have one”.

En Hispanoamérica, en particular en México, las antologías se han convertido en una especie de tradición, de ritual, sobre todo entre poetas, académicos e intelectuales en posición hegemónica. Además de formar círculos de sociabilidad en torno a revistas por ellos creadas, pocos han resistido a la tentación de coordinar colecciones seleccionadas. Así, por ejemplo, para quedarnos en la época contemporánea, Justo Sierra elaboró su *Antología del Centenario*, con un estudio preliminar de Luis G. Urbina (1910), que se encuentra entre los mejores trabajos de la historiografía literaria nacional. Posteriormente, Jorge Cuesta publicó su *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928), a la medida del grupo de los Contemporáneos (al cual el poeta veracruzano pertenecía), con un prólogo anónimo como las pirámides de El Tajín. Por cierto, era *vox populi* la identidad del autor oculto detrás del anonimato; socarronamente, la gente decía que la antología “vale lo que cuesta”. Una década después, Alfonso Reyes, en su “Teoría de la antología” (1938), reflexionaría sobre la manera de realizar repertorios de este género. Enseguida, Octavio Paz, al lado de Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, sacó a luz su *Poesía en movimiento* (1966). En tiempos todavía más recientes, el también veracruzano Enrique Florescano, inspirándose en la obra de Nelson Werneck Sodré, *O que se deve ler para conhecer o Brasil*,

coordinó una selección en formato de libro intitulada *México en 500 libros* (1980). Florescano, consciente de que el criterio de los antólogos es decisivo y debe quedar explícito en el prólogo, anotó que al revisar el enorme material disperso, se dio cuenta que sólo estaría en condiciones de concluir el trabajo si precisaba los criterios de la clasificación. Finalmente, los criterios por él adoptados fueron incluir libros exclusivamente en español y disponibles en el momento de la recolección, cuyos comentarios de contenidos se registraron en cédulas bibliográficas. Sin embargo, se dice que nada es inocente en una antología, ya que toda selección implica una apropiación interesada. La maldición de parcialidad que pesa sobre las antologías ha seguido planeando.

En el volumen que aquí nos ocupa, ¿qué criterios lo guiaron? ¿Cómo este plan ha sido ejecutado? ¿De qué manera se han enhebrado las puntas? Los editores nos lo dicen sin ambages: se trata de publicaciones a partir de la década de los ochenta. De los trece textos, ocho son extractos de libros y cinco artículos de revistas, que pasan así de la existencia efímera y dispersa a la reunión duradera. Fluctuando entre nombres conocidos y nombres menos conocidos, los autores (once) y autoras (dos) son, a títulos diversos, interesantes; de entrada los aquilatamos porque cada uno de ellos es objeto de una presentación relativa a su obra y su lugar en el desarrollo de la historiografía.

Asimismo, en ningún pasaje se trasluce la pretensión de que todos los historiadores que hubiesen ameritado entrar en la antología han sido efectivamente retomados. Lejos de ello, el propósito de la antología es “ofrecer un primer acercamiento panorámico sobre lo que ocurrió en Veracruz durante la revolución en la entidad” (p. 16); obedece, pues, a normas de representatividad, no prioritaria o exclusivamente de calidad. En ella, lo importante es lo panorámico, el aspecto general, la vista que se contempla desde un lugar. Aquí sí importa el ramillete, no tanto la flor. No obstante, se constata uniformidad en el conjunto, puesto que aglutina voces unidas en un espacio en común. De ahí que la *Antología* podría ser de otra manera: una selección perfectible, por tanto propensa a mejorarse (¿nos vamos a poner a creer en el progreso?), al análisis y a la controversia. También es cierto que llegado a este punto de la provocación y el debate, los editores se sentirían complacidos, ya que tal es su propósito manifiesto.

Esta valiosa y útil herramienta de información, que Bernardo García Díaz y David Skerrett ofrecen a la comunidad de estudiosos e investigadores, constituye también un retrato de familia. Y como en todos los retratos de familia, hay presentes y ausentes. Entre los desderrados, no dudamos que involuntariamente, se encuentran: Rafael García Aulí, “La Unión de estibadores y jornaleros del puerto de Veracruz ante el

movimiento obrero nacional e internacional de 1909 a 1977”, Veracruz, 1977; Andrew G. Wood, “¡Viva la revolución social! Postrevolutionary Tenant Protest and State”, en Ron Pineo y James A. Bear (eds.), *Cities of Hope: People, Protests, and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, Boulder, Westview Press, 1998, pp. 88-128; Benedikt Behrens, “El movimiento inquilinario de Veracruz, México, 1922-1927: una rebelión de mujeres”, *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 6: 1, July 2000, pp. 57-92, entre otros. Y entre las tesis de posgrado, cabría señalar: Rogelio de la Mora V., *Les evenements de Veracruz, 1922*, tesis de doctorado en Historia, EHESS, París, mayo de 1982, 305 pp. Es verdad que algunos de ellos no se benefician de la visibilidad que merecen.

Si bien hasta ahora nos hemos estado refiriendo a una antología —en singular—, ha sido por lealtad al subtítulo, que bien podría haber sido *Antologías*. En realidad, como las célebres *matriochkas*, el libro contiene en su interior más de una antología. Además de la evocada líneas arriba, grata y sorpresivamente el lector se encontrará con otra selección igualmente importante, y que está compuesta por nada menos que 77 imágenes fotográficas de archivo, intercaladas. De tal manera, el discurso verbal (procedimiento óptimo para explicar mediante concatenaciones o causalidades de acontecimientos) y el discurso de la

representación visual (la imagen que en su comprensión va más allá del aspecto digital del lenguaje), se ajustan y se machimbran como el cóncavo y el convexo. El primero de ellos sugiere la temporalidad —horizontal— del viaje, mientras que el segundo toca otra temporalidad —vertical— que permite al espectador-lector el acceso al espesor histórico de los territorios recorridos. A lo largo del volumen, vemos cómo la fotografía es atravesada por la historia, así como la historia es atravesada por la fotografía. Es en este entrelazado de imagen e historia que cada uno de los textos aporta su esclarecimiento particular de la Revolución en Veracruz.

Si, como se ha dicho al inicio de la presente reseña, el trabajo del historiador puede ser metafóricamente descrito como un viaje en el pasado, en las fotografías seleccionadas la presencia del referente (en determinado momento del pasado) nunca es metafórica, y en lo concerniente a los seres animados, su vida tampoco lo es, salvo cuando se fotografian cadáveres. Como aquella imagen mostrando una decena de obreros textiles fusilados en la villa de Santa Rosa, en 1913 (p. 190). Aquí, el documento fotográfico convertido en medio de interpretación histórica se convierte —para retomar la expresión de Roland Barthes— en la parte “maldita de la fotografía”; se torna en algo horrible, porque certifica que los cadáveres son algo viviente.

Otras huellas luminosas de lo real nos muestran las destrucciones de los lugares, producto de la confrontación obrero-patronal en el Río Blanco de los albores de la Revolución (pp. 137 y 143) o de la intervención estadounidense en el puerto de Veracruz en 1914 (p. 221). Simultáneamente, en distintos escenarios veracruzanos y en diferentes momentos de la época estudiada, podemos identificar a personajes tales como Rubén Darío (p. 154), Porfirio Díaz (p. 165), Teodoro A. Dehesa (p. 25), Hilario C. Salas (p. 112), Venustiano Carranza (p. 250), Cándido Aguilar (pp. 238 y 270), Heriberto Jara (p. 370), Adalberto Tejeda (p. 394), Manuel Almanza (pp. 376 y 391), Úrsulo Galván (384-385), Herón Proal (p. 365) y Lázaro Cárdenas (p. 495), entre otros. En suma, de las 77 fotografías de autores diversos que conforman esta otra antología, una data de 1895, nueve de entre 1900-1909, 34 corresponden a la fase armada (1910-1920), 16 se relacionan con la década de 1920 y 17 nos aportan testimonios de lo real histórico concerniente a los años 1930-1940. Gran parte de este rico material procede de

diferentes archivos: Archivo General del Estado de Veracruz (tomado de variados Fondos), Archivo Histórico de Petróleos Mexicanos, Sistema Nacional de Fototecas, entre otros. Por último, el libro cierra con una “Bibliografía” (¡Oh cuán cruel para aquéllos condenados al ostracismo!) y un práctico “Índice iconográfico”.

En síntesis, la obra referida constituye un loable primer esfuerzo por dotar a la comunidad de estudiosos e investigadores de una recopilación de textos y documentos fotográficos —un panorama provisional— al servicio de la historia de la Revolución mexicana en Veracruz. Sin duda, esta original y útil herramienta de información está destinada a convertirse en un indispensable punto de referencia para los estudios y futuros “estados de la cuestión” historiográficos del tema abordado. No es posible cerrar sin felicitar a los editores, así como al equipo de trabajo, por su labor intelectual y editorial de alta calidad.

Rogelio de la Mora Valencia
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana